

# Otra vez sangre y miedo en Beirut

MUNDO

29

Después de quince años de paz, Beirut ha vuelto a convertirse este verano en la capital del miedo. En la nueva guerra que enfrenta al ejército israelí y la organización chií libanesa Hezbollah, la población civil ha vuelto a quedar desprotegida. Tomás Alcoverro, uno de los periodistas que mejor conoce Oriente Medio, está convencido de que, pese a su vulnerabilidad, los libaneses, con su inagotable vitalidad, reemprenderán los esfuerzos para la reconstrucción

Texto de **Tomás Alcoverro** Fotos de **Quim Roser**

#### LA PRIMERA MIRADA

Desde la azotea del edificio en el que se han refugiado, Abdo Mata y su familia contemplan, el 14 de julio pasado, la columna de humo que sale de los depósitos de queroseno del aeropuerto de Beirut, cerca de su casa. Las fotografías de este reportaje recogen los primeros momentos de desconcierto y miedo entre la población de Beirut

## MUNDO SANGRE EN BEIRUT



Los restos de un puente a la entrada del barrio chií de Gobeiri destruido por la aviación israelí

En un abrir y cerrar de ojos, Líbano, Beirut, han sido precipitados, otra vez, a la guerra, una guerra con otro nombre, porque enfrenta al ejército israelí y a la organización chií libanesa Hezbollah, pero que, como todas las guerras, asesina, destruye y se ensaña, todavía más, con una población inocente.

Este verano Beirut iba a ser una fiesta. Ya estaba todo preparado para recibir a los esperados miles y miles de turistas árabes procedentes de los ricos principados del Golfo. Hoteles, restaurantes, institutos de belleza, festivales artísticos como el de Balbeck, discotecas, clubs, playas mediterráneas; hasta las joyerías de Bhamdun, en la montaña de aire fresco, abiertas a altas horas de la noche para satisfacer a los caprichosos clientes.

Pero Líbano, lo he escrito hasta la saciedad, es un espejismo. Líbano está prendido con agujas y basta asestarle unos golpes, zarrandearlo, para que se desplome como un castillo de naipes. Desde hace muchos años, desde el principio de las interminables guerras civiles de 1975, desde la invasión israelí

de 1982, en otro verano, los libaneses aprendieron el arte de vivir en la provisionalidad. Beirut, esta ciudad mediterránea árabe occidentalizada, esta capital del dolor, que había gozado desde 1990 al 2005 de tres lustros de paz, de tranquilidad, de reconstrucción por más polémica que fuese, se ha convertido, otra vez, en la ciudad del miedo. Desahuciada por miles de extranjeros que habían vuelto a establecerse en Líbano, vive en una patética vulnerabilidad muy difícil de imaginar porque no cuenta ni contó nunca con refugios ni con sirenas que pudiesen advertir a su población sobre las incursiones aéreas israelíes. ¿Cómo entender, por ejemplo, que ahora, como antes otras muchas veces, su ejército, el ejército regular, no intervenga en estos combates? Es tan sólo la aguerrida organización de Hezbollah la que empuña las armas, la que desafió al poderoso ejército de Israel al capturar a dos de sus soldados en el ocupado enclave de las granjas de Chebaa, en el sur, para canjearlos por cuatrocientos prisioneros libaneses que se pudren en sus cárceles la que ataca con cohetes ciudades y destaca-

mentos militares israelíes, en el engranaje de ofensivas y represalias; la que defiende las tierras del sur, bombardeadas y amenazadas con las incursiones terrestres de los soldados del Tsahal. Su aventurada acción ha provocado que el gobierno del primer ministro Ehud Olmert ejecutase un bien organizado plan para arrasar, dismantelar, arrancar el Partido de Allah, a expensas de la devastación indiscriminada de la desprotegida población civil.

En Líbano todo empezó en el sur. En esta montañosa y bella región mediterránea con ciudades de gloriosa historia como Tiro, Saida —la Sidón de los fenicios—, con poblaciones como Nabatie, Marjayun, la pintoresca Jezin, con su cascada de agua, con aldeas abandonadas de la mano de Dios, o del Estado, se han acumulado las circunstancias geopolíticas de una inestabilidad permanente. Más que en otro lugar de esta pequeña república mercantil, zarrandeada por todos los vientos de la historia, sus habitantes se han convertido en chivos expiatorios de maquinaciones estratégicas y ambiciones regionales. El sur de Líbano no



El mercado del barrio chií de Sarba, al sur de Beirut, cerca del aeropuerto

El sur de Líbano no es sólo una parte de este país, sino **un territorio codiciado**, campo de Agramante, y último frente abierto entre los árabes e Israel

es sólo una parte de este país, sino un territorio periférico codiciado, campo de Agramante, y último frente abierto entre los árabes e Israel. La mayoría de su población pertenece a la comunidad chií, que, pese a ser la más numerosa, ha sido hasta hace poco la más marginada.

#### Un Estado débil

Durante doce años, fueron los guerrilleros palestinos los que, explotando la debilidad del Estado, pudieron establecer en su abrupta geografía sus bases, desde las que hostigaban las localidades del norte de Israel con sus operaciones de comandos. Pero cada acción de los fedayines desencadenaba las represalias del ejército de Israel, que también provocaban estragos en la población. La efervescencia permanente del sur alumbró una guerra de quince años que tuvo su origen en el enfrentamiento de las organizaciones palestinas con las fuerzas cristianas nacionalistas libanesas de tendencia proisraelí que tenían su propia idea del Líbano.

En 1982, Israel invade Líbano para aca-

bar con la resistencia palestina e imponer un gobierno condescendiente con sus intereses. Yo vi a Arafat y a sus fedayines, derrotados, abandonando Beirut, en otro verano de sangre y de destrucción. Fue en aquel tiempo cuando los “guardianes de la revolución” iraníes organizaron en Balbeck, la antigua Heliópolis, el Hezbollah a imagen y semejanza del Partido de Dios del imán Jomeini, para combatir a Israel y recuperar los territorios ocupados. En la circular plaza de los Mártires de Saida, donde jóvenes voluntarios acogen, ahora, el éxodo de los desplazados habitantes del sur para encaminarlos hacia un lugar donde refugiarse, se produjo la gran resistencia que opusieron palestinos y libaneses de grupos musulmanes e izquierdistas a aquella invasión. Los soldados del ejército israelí avanzaron rápidamente desde la frontera, a través de estos setenta kilómetros del sur, hasta la ciudad de Saida. En esta bien urbanizada plaza de los Mártires, con palmeras y arriates de adelfas, fueron sepultados entonces más de siete mil combatientes que intentaron detener el impetuoso avance de los invasores. Hoy, los →

## MUNDO SANGRE EN BEIRUT



En el hospital del barrio chií de Gobeiri, parcialmente destruido por la aviación israelí, los cristales de la sección de recién nacidos saltaron por los aires y seccionaron el brazo de un bebé



Los miembros de una familia se despiden en el centro de la ciudad, de donde se van para ponerse a salvo de los bombardeos

## EN EL POZO DE LA FATALIDAD

Texto de **Plàcid Garcia-Planas**

Me encontré el volumen en la librería International durante el segundo día de bombardeos israelíes. El libro se llama "La memoria de Beirut": trescientas fotografías que comparan edificios y calles del "downtown" tal y como quedaron destruidos en las últimas guerras y tal como han quedado reconstruidos. La fotografía de la portada del libro va recubierta con una de esas transparencias rayadas que desvelan otra foto según se va moviendo la imagen. Como un niño, me quedé moviendo una y otra vez la portada para ver la céntrica plaza de la Estrella, con su torre del reloj, destruida y reconstruida y destruida y reconstruida... hasta que afuera, en La Corniche, se oyó el fuerte impacto de un proyectil israelí.

Líbano es esto: la reconstrucción deconstruida, la reconstrucción destruida, la reconstrucción imposible. Arquitectónica y mental. Personal y colectiva. Porque, alrededor de ese libro, la librería International y todas la librerías

de Beirut vendían –y siguen vendiendo, expuestos al público y ahora también expuestos a los misiles– cientos de guías del nuevo Beirut, con sus locales de ocio estilo "Wall Paper" que podrían competir con lo mejor de Barcelona y Madrid, y cientos de mapas para un país que se preparaba para la mejor temporada turística desde los años sesenta. La sensación, la certeza en Beirut y en Líbano, es ésta: otra generación perdida.

Nazha Merebi, diseñadora gráfica, habla con rabia. "La guerra consumió mi juventud –dice– y ahora, en mis cuarenta, todo va también camino de la consumición. Un día me levantaré y encontraré que ya soy vieja y que mi vida habrá pasado sobreviviendo en una zona de guerra. Por eso estoy tan cabreada con lo que está pasando."

Para Sandra Dagher, la palabra es decepción, profunda decepción. Me la encuentro recogiendo todos los productos de Space SD, una galería de arte y tienda de objetos de diseño.

"Casi habíamos conseguido que la palabra Líbano no se identificara con la palabra guerra", dice. Cierra la tienda y aleja todos los objetos de los grandes ventanales que se abren al puerto de Beirut, una infraestructura bombardeable. Sandra creció en Francia y regresó hace pocos años, como tantos y tantos otros, con la maleta llena de ilusiones rotas por Israel y por Hezbollah.

"¿Sabes cuántos y cuántos debates hubo en esta ciudad –afirma Sandra– para decidir si el monumento a los mártires debía ser restaurado tal y como estaba antes de 1975 o dejarlo con todos los balazos que lo atraviesan como memoria de la guerra?"

El monumento a los mártires es una buena metáfora de los interminables estratos de la memoria bélica. Erigido en honor a los héroes del levantamiento contra los otomanos y agujereado por los balazos y la metralla en las últimas guerras, finalmente fue restaurado dejando esas cicatrices abiertas

al recuerdo de la nuevas generaciones. Líbano empezaba a lograr eso: a convertir unos balazos en un recuerdo de lo que no debía volver a ocurrir jamás. Y, de repente, inesperadamente, una nueva lluvia de misiles sobre Beirut amenaza con reventar incluso los balazos reconvertidos en civilizada memoria. Como en el libro de la reconstrucción en la librería de La Corniche, detenerse y observar el monumento a los mártires y sus respetadas cicatrices escuchando los bombazos de fondo retrata como nada este pozo de fatalidad.

Las nuevas generaciones de libaneses, además, habían logrado convertir y reconvertir el recuerdo de la guerra en tema para el ocio: tan lejos les quedaba todo eso, y tan lejos querían que les quedase. En Space SD venden –venden– vasos para tomar chupitos con grabados que ironizan sobre Líbano y la guerra. "Tuve una explosión en Beirut", con el dibujo de una detonación, o "Cristal roto en

Beirut", con el dibujo de un balazo en el vaso, y cosas por el estilo.

En la calle Monot, epicentro de las movidas nocturnas más "in" de Beirut, había un local de copas llamado 1975 –el año que empezó la guerra–, decorado como un refugio contra las bombas. Los camareros vestían de milicianos y pinchaban discos de Fairuz, la mítica cantante libanesa, tal como se hacía en las noches bélicas de los años 70 y 80.

Más atrevido todavía: la diseñadísima discoteca B018, excavada en un lugar de Beirut donde en la última guerra se produjeron ejecuciones masivas. La discoteca –premiada por su diseño y con el mejor acid jazz de la capital libanesa– tiene la forma de un inmenso ataúd cuyo techo se abre ante la primera luz del sol. Sus asientos también son como ataúdes abiertos, y sus mesas son lápidas de celebridades muertas, con foto del fallecido y velas incluidas.

La bomba dibujada en el vaso para chupitos,

la diseñadísima discoteca en forma de inmenso ataúd y el pub ambientado como refugio, símbolos de una generación desligada del pasado y del dolor, han perdido de golpe su categoría irónica –e icónica– para estamparse de nuevo en una realidad vieja y nueva, nauseabunda, de la que no hay más escapatoria que hacer las maletas y largarse a otro país.

Todo esto, sin embargo, sirve para grandes partes de Líbano y para la mitad de Beirut, ese Beirut que la poeta Nadia Tueni, la mítica autora de "Archivos sentimentales de una guerra en Líbano", cantaba como "el último lugar de Oriente donde el hombre todavía se puede vestir de luz". Pero no sirve para el sur de la capital ni para el sur del país, territorios Hezbollah. Allí no hay discotecas en forma de ataúd ni locales de copas en forma de refugio. Para este otro Líbano, la memoria es otra cosa. Para este otro Líbano, la memoria de la guerra es la guerra misma.



MUNDO SANGRE EN BEIRUT



A la izquierda, Eddy, un ex boxeador iraquí refugiado desde hace dos años en Líbano, camina solo por la playa popular de Beirut. En el centro, simpatizantes de Hezbollah muestran una bandera en el barrio de Gobeiri. A la derecha, Beirut en llamas al atardecer

Hezbollah, aunque derrotado militarmente, no podrá ser aniquilado. Su desarme exigido por Israel, por la resolución 1.559 del Consejo de Seguridad de la ONU, no será fácil

→hombres de Hezbollah combaten contra los soldados israelíes cerca de la misma línea fronteriza donde establecieron sus bases guerrilleras.

Hezbollah se ha convertido en este cuarto de siglo en un “Estado dentro de un Estado” y es, indiscutiblemente, la organización políticomilitar más poderosa del frágil y fragmentado Líbano. Desde su creación, inició un desigual combate que dura hasta ahora con los israelíes. Esta organización radical chií, inspirada y financiada por Irán, protegida por Siria, se enzarzó, también, en otra lucha con el contingente de la “fuerza multinacional” destacada en Beirut provocando una carnicería entre los soldados estadounidenses y franceses, que más tarde tuvieron que ser evacuados de esta capital. La corajuda resistencia en el sur, en la que participaban partidos laicos e izquierdistas, incluso el pequeño partido comunista, se fue islamizando, convirtiéndose en la resistencia por antonomasia de Hezbollah. En 1998, los israelíes lanzaron una terrible represalia bautizada como “Las uvas de la ira” que provocó hecatombes humanas, una espantosa destrucción y un éxodo de los habitantes del sur. En Canaan, cerca de Tiro, bombardearon un cuartelillo de la Finul, fuerza militar de la ONU destacada desde 1978 en el sur, en el que se habían cobijado, bajo su bandera, los lugareños en busca de protección.

Recuerdo los ataúdes, mantenidos sobre los hombros, aupados por los erguidos brazos de la muchedumbre enlutada; los frági-

les ataúdes avanzando por encima de las manos, en aquella fúnebre procesión. Recuerdo las bolsas de plástico, envueltas en lienzos blancos, tal como prescriben las costumbres del islam, las bolsas a veces pequeñas porque había muchos cadáveres de niños o porque sólo guardaban puñados de miembros descoyuntados que apenas ocupaban la mitad de los ataúdes. Aquellos 102 cadáveres de Canaan, aquel drama que el ministro israelí Shimon Peres intentó explicar diciendo que sus aviones trataron de bombardear una base móvil de misiles Katiuska de Hezbollah, cercana al cuartelillo de la Finul, acabó con el gobierno laborista israelí, que perdió las elecciones legislativas frente al Likud de Benjamin Netanyahu.

Sólo cuatro años después, en la primavera del 2000, el nuevo primer ministro laborista Ehud Barak evacuó a sus tropas del sur tras la tenaz resistencia de Hezbollah que tantas víctimas causó a su ejército. Aquella primavera fue la gran victoria de Hezbollah, su gran éxito popular, con la adhesión de los cristianos. Sus combatientes se convirtieron en el nuevo ejemplo de la lucha armada contra Israel en los países árabes, en Palestina, en las tierras del islam.

#### El sur pobre y suburbial

Los suburbios chiíes de Beirut, cabe el aeropuerto, se han convertido en una humana geografía del miedo. Popolosos, pobres, sus habitantes proceden de las regiones del sur, de las que empezaron a emigrar hace tres décadas, lo que modificó el carácter, el esti-



#### El decano de Beirut

Corresponsal de “La Vanguardia” en Oriente Medio desde 1970, Tomás Alcoverro (Barcelona, 1940) es el periodista español que mejor conoce esa zona del mundo. Llegó al Beirut del que se hablaba como el París o la Suiza de Oriente Medio, pero después tuvo que vivir y contar los horrores de las guerras. Su libro “El decano” (Planeta) recoge un centenar de las miles de crónicas que ha enviado. Ha recibido la Encomienda de Isabel la Católica, una de las máximas condecoraciones concedidas por el Rey. También posee los premios de periodismo Godó, Gaziél, Cirilo Rodríguez y Ortega y Gasset.

lo, de esta capital, antes una ciudad de población sobre todo musulmana suní y griego ortodoxa. En los suburbios del sur –Dahiye al Jenubie– viven alrededor de setecientas mil personas. Es un mundo de aluvión muy diferente al de Beirut.

En sus bombardeadas y desiertas calles sin nombre, con grandes retratos del jeque Nasrallah y de los dirigentes de Irán, como el guía Ali Jameini, o el difunto ayatollah Jomeini, tenía Hezbollah sus oficinas, sus dependencias, vivían sus jefes. Esta periferia urbana y las regiones fronterizas del sur son las que más han sufrido los ataques israelíes. Sus habitantes se han refugiado en barrios suníes o cristianos de Saida, de Beirut, o atravesaron la frontera de la vecina Siria, por la que cada día pasan alrededor de veinte mil personas.

Por el pequeño puentecito de Bkosta sobre el río Awali llegué a Saida, la capital del sur, con sus flamantes puentes y la autopista destruidos. Para alcanzar esta ciudad a sólo 23 kilómetros de Beirut, hay que hacer un largo recorrido por carreteritas de montaña, por las carreteras del Chuf, con sus bellos pueblos cristianos y drusos que viven sin amenazas, tranquilamente, porque no están preocupados por esta guerra que se libra sólo entre los soldados de Israel y los guerrilleros de Hezbollah.

En otras comarcas cristianas de Líbano donde también se han refugiado los chiíes, el ambiente es relajado, como si estuviesen muy lejos de las zonas de combate, cuando apenas unos pocos kilómetros les separan.

La fragmentación de Líbano se ha agravado con estas operaciones militares israelíes que pretenden arrancar de cuajo a Hezbollah de su ámbito popular. Pero Hezbollah, aunque derrotado o debilitado militarmente, no podrá ser aniquilado. Su desarme exigido por Israel, por la resolución 1.559 del Consejo de Seguridad de la ONU, no será fácil. El Partido de Dios justifica la continuación de su resistencia, fomentada por Irán y Siria, a fin de liberar el diminuto enclave ocupado de las granjas de Chebaa. Ahora, muchos libaneses le echan en cara que con su desafiante acción ha provocado las mortíferas represalias israelíes.

Beirut vuelve a ser una ciudad martirizada. Pero estoy convencido de que, pese a toda su patética vulnerabilidad, los beirutíes, los libaneses, con su inagotable vitalidad, remprenderán los esfuerzos para su difícil reconstrucción. Ya escribí en 1982, durante la invasión israelí: “Beirut, por todo esto, porque estalla en el aire como un castillo de fuegos artificiales y queda firme en la orilla del mar, porque es la frontera entre todos los sentimientos y esto tan superficial que son las ideas; porque es el infierno, la imaginación, la ternura y la esperanza, Beirut, porque cada día parece morir irremisiblemente y surge, después, en otra aurora roja, porque todos la desahucian y nadie puede arrancarla del corazón, Beirut es, y no la he elegido, mi ciudad”. Ahora, en este verano de sangre, vuelvo a renovar mi fe en la inmortal capital árabe del levante.